

www.elboomeran.com

La coronación del Everest

JAN MORRIS

TRADUCCIÓN DE ESTHER CRUZ SANTAELLA



Título de la edición original:
CORONATION EVEREST

Primera edición: marzo 2015

Copyright © Jan Morris, 1958

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S.L.

© de la traducción: Esther Cruz Santaella

© del diseño de colección: Raúl Fernández

© del prólogo: Sebastián Álvaro

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo
propuesto por ACE Traductores

ISBN: 978-84-94-2357-7-1

Impreso en España por Grafo, S.A.

Deposito legal: M-6261-2015

Prólogo

Observando la situación de la montaña más alta de la Tierra, asediada por expediciones comerciales que cuentan con cientos de sherpas, botellas de oxígeno, helicópteros y hasta policía en el campo base, sería insultante calificar como alpinismo la actividad que hoy se desarrolla en el Everest. Así que nadie debería llevarse a engaño: alcanzar hoy su cumbre no tiene ni remotamente nada que ver con la que soñara George Mallory o ascendieran Edmund Hillary y Reinhold Messner. Pero hubo un tiempo en el que el Everest era todavía la montaña más alta y prestigiosa de la Tierra, evocar solo su nombre era casi un referente espiritual y su ascensión sobrepasaba la hazaña deportiva más exigente para convertirse en una de las más grandes aventuras que podía hacerse en nuestro planeta. Casi como emprender la búsqueda del Grial. Este libro de Jan Morris, una de las mejores escritoras británicas, retrata fielmente aquella expedición que logró conquistar el Everest por primera vez en 1953, pero también, con cierta melancolía y bastante sentido del humor, aquellos tiempos pasados, aquel mundo de exploradores románticos del viejo imperio que, definitivamente, se estaba derrumbando. Y trasciende su tiempo porque habla de algo que es una constante en la existencia de los seres humanos: la resistencia ante las adversidades y las gestas del espíritu por conseguir metas que superan nuestras pequeñas fuerzas.

Fueron los británicos los que midieron la cumbre más alta del planeta, elevaron el Everest a símbolo del mayor reto alpinístico, y persiguieron ese sueño con tenacidad, inteligencia y sacrificio heroico. Al final conseguirían su premio en justa recompensa por los esfuerzos realizados durante cien años, más que como consecuencia de estar situada la montaña en el área de influencia británica. Aquellos hombres que cartografiaron, exploraron y escalaron el Everest encarnan el prototipo de aventureros impulsados por el afán de descubrimiento y la pasión de alcanzar los extremos del planeta. Representan la unión de la ciencia y la poesía, el ansia de conocimiento científico, es decir, según Mallory, «el deseo indómito de descubrir lo inexplorado que late en el corazón del hombre», junto al impulso de un alma invencible que quedó simbolizado por el poema de Tennyson y les animaba a «luchar, buscar, encontrar y no rendirse jamás». Aquel Everest salvaje, legendario, misterioso, intimidador y atrayente, simbolizaba la aventura perfecta, el gran reto pendiente para aquellos aventureros. Como otros muchos exploradores que a finales del siglo XIX y principios del XX se adentraron en el interior de África, en los desiertos de Asia Central o en las montañas del Himalaya y el Karakórum, aquellos personajes parecen extraídos de una novela de Kipling. Eran poetas, soldados, escritores, médicos y espías al servicio de Su Majestad Británica. La montaña más alta del mundo fue para ellos el mejor objetivo donde volcar sus inagotables ansias de acción y conocimiento. Perteneían a una estirpe de humanos poco frecuente, hoy casi irrepetible. Nadie como aquellos hombres mereció llegar a la cumbre más alta del planeta.

Nunca sabremos si dos de esos hombres, Andrew Irvine y George Mallory, pudieron haber sido los primeros en alcanzar

la cima del Everest, pues desaparecieron en la vertiente norte el 8 de junio de 1924, después de haber superado los ocho mil seiscientos metros de altitud. En cualquier caso, y sin ninguna duda, lo consiguieron por su vertiente sur Edmund Hillary y Tenzing Norgay veintinueve años más tarde. Aquella expedición de 1953, dirigida por el eficiente coronel John Hunt, marcaría uno de los hitos del siglo xx. La noticia de la conquista de la cumbre más alta de la Tierra, llegada a Europa justo cuando se estaba coronando a la joven reina Isabel II, tuvo un impacto colosal quizá solo comparable con la llegada del primer hombre a la luna. En el desarrollo y transmisión de esa noticia jugó un papel clave un periodista, James Morris de *The Times*, que formó parte de la expedición británica y se encargó de su seguimiento enviando las noticias a Londres con un procedimiento de porteadores y mensajes cifrados que hoy, en la era de los teléfonos satélites, nos hace sonreír, pero que entonces, con otros reporteros al acecho de la gran noticia y en pleno comienzo de la guerra fría, cuando las tropas de Mao estaban a pocos kilómetros del campo base, se demostró rápido y fiable. El relato de aquella peripecia, alpinista y periodística, es en sí mismo una aventura extraordinaria. Y lo es porque son necesarias grandes dosis de valentía para adentrarse en la caótica y peligrosa cascada de hielo del Khumbu, que un novato intrépido acomete con decisión en su afán de perseguir la noticia que catapultaría a la fama tanto a Morris como a sus principales protagonistas, Tenzing y Hillary. Pero sobre todo porque el relato de aquella hermosa peripecia aventurera sobresale del mero reportaje periodístico —incluso aunque sea una de las últimas grandes exclusivas, antes de la llegada de nuestro mundo globalizado— por su mirada precisa y acerada, su prosa perfecta, la del mejor periodismo a la antigua

usanza, y sus inteligentes observaciones, que trascienden la mirada superficial para convertirse en profundas reflexiones. Nos han quedado las descripciones de Morris como una reliquia de aquel Nepal que descubrieron las primeras expediciones de los años cincuenta, cuando el reino del Himalaya comenzaba a abrirse al influjo exterior después de siglos de aislamiento, pero, además, sigue manteniendo su frescura original, su conmovedora ternura. Siempre he preferido los libros de aventuras escritos desde dentro, por escritores y aventureros que vivieron aquellas intensas experiencias al lado de sus principales protagonistas, por eso resulta extraordinario que un reportero, sin abandonar el estilo periodístico clásico y dotado de ese sentido irónico típicamente británico, nos haya legado uno de los mejores relatos de aquellos heroicos tiempos, cuando adentrarse en el Himalaya era dar un paso hacia lo desconocido en lugar de un viaje vulgar que puede comprarse en cualquier agencia. Ello se debe a la extraordinaria calidad de aquel joven periodista destinado a convertirse, después de otra gran aventura personal, en una escritora de éxito en todo el mundo.

Morris se adentra en la caótica cascada de hielo con el mismo cuidado y precisión con los que describe a los principales protagonistas de nuestra historia, sean sherpas («pobres criaturas, con sus pies descalzos y sensibles y unos cuerpos larguiruchos, y una vida de placeres exiguos») descripciones que acompaña con una visión aguda, casi profética («me temo que dentro de poco, el sherpa tal y como lo conocimos en 1953 será cosa del pasado, anulado por la fama, la fortuna y las innovaciones extranjeras. Y yo me alegro de haber tenido un contacto fugaz con ellos antes de eso») o como la que hace de aquel neozelandés, Edmund Hillary, destinado a situarse poco después en el

panteón de los alpinistas más ilustres («Desprendía una vitalidad rebosante, primordial, contagiosa y espléndida, como un tren expreso de gasóleo, fornido y brillante, que retumbando atravesara América»), siempre mezclando aquellas pequeñas rutinas de la vida cotidiana con los hechos más extraordinarios de los que era testigo excepcional. Aunque creo que todos los que vivieron aquel momento único e irrepetible eran conscientes de que estaban viviendo un periodo que marcaría sus vidas para siempre. Una experiencia intensa, pura, sin subterfugios.

Tuve la inmensa fortuna de conocer a John Hunt, uno de los personajes clave de aquella epopeya y responsable máximo de la expedición. Quizá su figura quedó un tanto eclipsada por la noticia que dio la vuelta al mundo y que descubriría a Tenzing y Hillary como los conquistadores del «Tercer Polo», como también era conocida la cima más alta del globo, haciéndoles mundialmente famosos. Pero Morris se dio cuenta desde el principio de su importancia. El trabajo y la organización de Hunt y su liderazgo amable, sacrificado y responsable, fueron algunas de las claves del éxito tras veintinueve años de infortunios, tragedias y fracasos. Estaba rodando una serie sobre la Historia de la Aventura cuando me acerqué a Londres, en realidad a unos pocos kilómetros de la capital británica, para conversar con Hunt sobre aquella expedición. Durante varias horas estuvimos analizando en detalle aquella aventura de la que guardaba un vívido recuerdo. Me dijo que siempre tuvo claro en la selección de los alpinistas que debían ser muy buenos, desde luego, y que tuvieran ambición por alcanzar la cumbre, pero que todos ellos debían estar dispuestos a sacrificar ese logro personal por el éxito colectivo, asumiendo que el éxito de la expedición sería al mismo tiempo el éxito de cada uno de ellos. Estuvimos

haciendo la entrevista en un pub con un desayuno descomunal, también típicamente británico. Aquel anciano entrañable de pelo cano había estado preciso, sensato y riguroso en sus contestaciones. Se había ajustado, como también lo hace Morris en su relato, a la idea que siempre tuve de aquellos pioneros británicos de la época victoriana. Para concedernos la entrevista Hunt solo nos había pedido hacer una donación a un hospital de niños, un detalle que también me reafirmó en la imagen de aquellos alpinistas que se ajustaban a la antigua definición del Alpine Club, es decir «un selecto club de caballeros que ocasionalmente escalan». Pero al acabar la filmación, cuando apagamos los focos, recogimos el forillo verde y guardamos las cámaras, aquel hombre nos invitó a su modesta casa. Solo a dos o tres, no a todos, porque «su mujer le regañaría», algo que todos los casados entendimos perfectamente razonable. Entonces descubriría otra imagen más personal, llena de nobleza y sentido del humor, que seguramente compartió en el campo base con aquel joven reportero. Nos sorprendió que apenas tuviera fotografías colgadas en las paredes. Era una casa austera y desnuda, que un extraño hubiera podido atribuir a cualquier persona de clase media y trabajo rutinario. Había que observar con detalle para darse cuenta de todo lo contrario. Aquel hombre era un personaje excepcional, quizá el último representante de aquellos exploradores del viejo imperio, que había recorrido el mundo intentando escalar las montañas más altas del planeta, es decir, las de Asia, fuesen el Everest o el Saltoro Kangri, una de las montañas más inaccesibles y desconocidas del Karakórum, y que también había servido con valentía y lealtad a su país: John Hunt se había jugado la vida en la Segunda Guerra Mundial dirigiendo un destacamento militar en primera línea de fuego o, con la misma discreción, porteando

las botellas de oxígeno para Tenzing y Hillary por encima de los ocho mil trescientos metros. Con eficacia, valentía, inteligencia y sin querer sobresalir del anonimato. Y ahora lo tenía frente a mí, enseñándonos con la misma humildad y discreción su casa. En aquellas paredes blancas destacaba una fotografía en blanco y negro del Chomolungma, la «Diosa madre del mundo», firmada por todos los integrantes de aquella mítica expedición. No debía haber muchas así, pensé, tan llenas de historia, en todo el mundo. Muy cerca de ella un diploma daba cuenta del título nobiliario que al regreso de Nepal la joven reina le había concedido como reconocimiento. Mientras observaba aquellos pequeños detalles que hacían de la casa un pequeño museo de la historia del alpinismo, me detuve a contemplar una pequeña caja, con la tapa de cristal, que contenía muy diversos y curiosos objetos. John se acercó a nosotros, sacó una pluma Mont Blanc de aquella caja y me dijo: «Esta pluma tiene una curiosa historia». Al parecer, muy poco tiempo después de su regreso a Europa fueron a Chamonix a realizar diversas ascensiones en el macizo del Mont Blanc. Estando allí fueron reconocidos por varias guapas muchachas que se apresuraron a pedirles un autógrafo. Una de ellas sacó una pluma de la prestigiosa marca que lleva el nombre de la montaña más alta de los Alpes, y dirigiéndose a John le pidió que le firmara. Como este no llevaba un papel a mano le preguntó que dónde le estampaba la firma, a lo que ella le señaló la parte superior de uno de sus espléndidos pechos, justo en la zona más atrevida del escote. Hunt se quedó pensando por un momento qué responder y al rato le contestó: «De acuerdo, pero me quedo con la pluma». Y, al parecer, así lo hizo ante la algarabía de los presentes. Nos echamos todos a reír, pero al terminar le pregunté: «¿Se lo contaste a tu mujer?». Se hizo el silencio en

el salón y como pensando la respuesta que tenía que darnos, me dijo: «Me temo que no». Terminamos todos compartiendo un momento de risas que atronaron aquella casa a las afueras de Londres. Siempre recuerdo con cariño aquel entrañable encuentro, porque no volvería a ver a John Hunt, que fallecería solo dos años más tarde...

Transcurrido el tiempo creo vislumbrar que aquella expedición, dirigida por un tipo excepcional, fue uno de esos raros momentos estelares de la Humanidad a los que se refirió el escritor austriaco Stefan Zweig. Aquellos tiempos y aquellos personajes ya no volverían. El relato de Morris supone el fin de una representación teatral que, como la de la vida, siempre se convierte en un drama. Se bajaría el telón de una obra que había comenzado a representarse en 1856 cuando el topógrafo general del Servicio Británico de la India, Andrew Waugh, anunció un descubrimiento que revolucionaría la geografía del planeta: «Estoy en posesión de los datos finales de la cumbre designada como Pico XV. Sabemos desde hace varios años que esta montaña es más alta que ninguna de las que hasta ahora se han medido en la India y, por tanto es, probablemente, la montaña más alta del mundo». Desde aquel momento hasta la llegada a la cima del Everest de Hillary y Tenzing, se habían producido múltiples intentos por parte de unos hombres que nunca consideraron que aquella tarea colosal fuese imposible. Fueron tiempos de pureza, honestidad y fortaleza, frente a la naturaleza más grandiosa, casi con las manos desnudas. Había nobleza y juego limpio, ese fair play que inventaron los británicos, que aún hoy siguen definiendo el verdadero espíritu deportivo. Y todo ello está simbolizado en aquel emocionante encuentro en el valle del Silencio entre los dos conquistadores del Everest y sus compañeros que les están

esperando sin saber si lo han conseguido. Entre ellos estaba James Morris. Que apenas pudo gozar de esos instantes de gloria para bajarse corriendo hasta el campo base y Namche Bazar para transmitir la noticia cifrada a su periódico. Una noticia que conmovería a todo un pueblo y daría la vuelta al mundo.

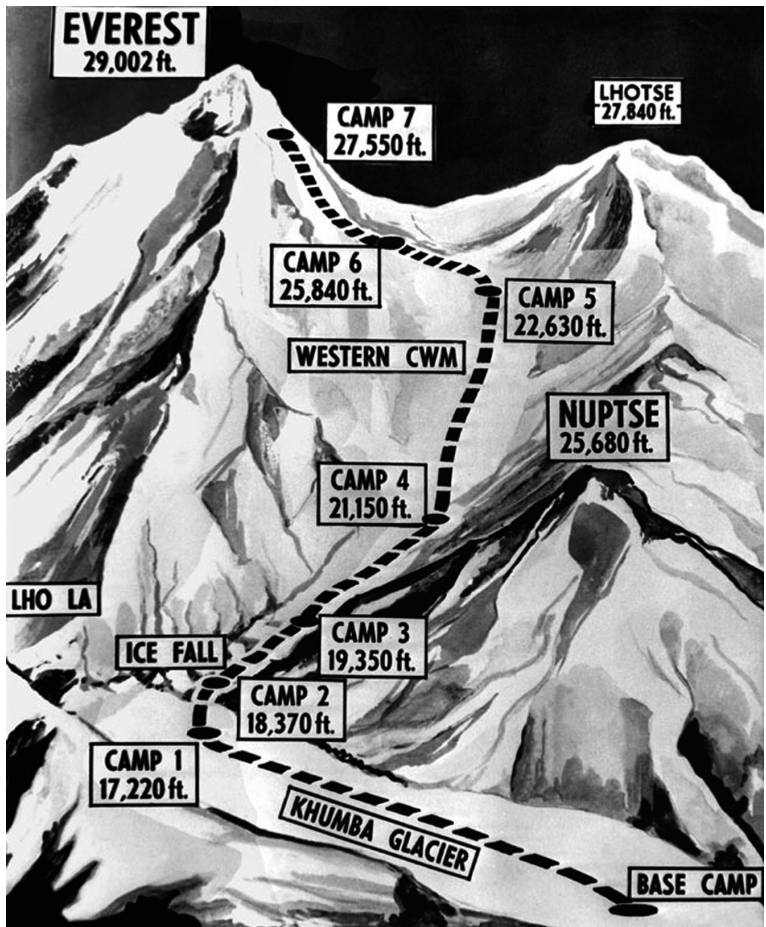
Desde entonces el Everest, y todo lo que simbolizaba, cambiaría. Como el imperio británico, también se derrumbaría el viejo orden y los valores que le acompañaban, incluso las personas. El alpinismo en la montaña más alta del mundo primero se especializó, se hizo más deportivo. Comenzaron a abrirse nuevas rutas por todas sus vertientes y siguiendo el ejemplo de los pioneros británicos de los años veinte, se escaló sin utilizar botellas de oxígeno y poco más tarde en solitario. Muy pronto las expediciones aumentaron y se hicieron más baratas. Los gobiernos de Nepal se dieron cuenta de que tras aquellos relatos cautivadores se encontraba la gallina de los huevos de oro y empezaron a hacer su agosto. El Everest entró dentro de los circuitos comerciales, como una mercancía más, se comercializó y se banalizó. Hoy apenas queda nada de aquellas escaladas y menos aún de aquellos personajes. El Everest se ha convertido en un parque temático, un circo de tontas vanidades de personas queriendo emular a Hillary o Mallory, algo que, evidentemente, no está al alcance de cualquiera.

Pero de aquellos tiempos, hermosos y desgarradores, nos quedan las soberbias descripciones y las hondas emociones de Morris. Que es bastante. Disfrútenlas.

SEBASTIÁN ÁLVARO
CREADOR DE AL FILO DE LO IMPOSIBLE

El panorama era extraordinario, como un gigantesco mapa en relieve extendido ante nosotros. Hacia el este el Makalu se destacaba poderosamente, y de manera automática me descubrí a mí mismo buscando en él una posible ruta de ascenso.

EDMUND HILLARY



La ruta al Everest



El equipo británico de la expedición al Everest

La coronación del Everest

A HENRY MORRIS

que nació en la página 154

y a quienes han seguido ascendiendo

1. INTRODUCCIÓN

Este breve libro es una obra de romanticismo histórico. Rememora la sucesión casi simultánea de dos sucesos que conmovieron profundamente a la nación británica hace cincuenta años: la coronación de una joven reina y el primer ascenso de una montaña. La reina era Isabel II de Inglaterra y la montaña, el monte Everest, el más alto de todos, escalado al fin por una expedición británica tras décadas de intentos fallidos.

Resulta difícil imaginar ahora el placer casi místico con el que se recibió en Gran Bretaña la coincidencia de estos dos acontecimientos. La sociedad británica, que por fin salía de la austeridad que la había asolado desde la Segunda Guerra Mundial, aunque al mismo tiempo se enfrentaba a la pérdida de su gran imperio y al inevitable declive de su poder en el mundo, se había autoconvencido en parte de que la ascensión de la joven reina era la señal de un nuevo comienzo: «Una nueva era isabelina», gustaban de decir los periódicos. El día de la coronación, el 2 de junio de 1953, iba a ser un día de esperanza simbólica y de regocijo, en el que todos los fieles patriotas británicos hallarían un momento supremo de expresión. Y, maravilla de las maravillas, ese mismo día llegó desde lugares remotos (de hecho, desde las fronteras del antiguo imperio) la noticia de que un equipo británico de montañeros, liderados por un soldado británico, el coronel John Hunt, había alcanzado el objetivo supremo terrenal

que quedaba pendiente en el campo de la exploración y de la aventura, la cima del mundo.

Las cosas entonces eran distintas. Por un lado, aún estaban por llegar los viajes al espacio, y el ascenso al monte Everest, escalado desde entonces por cientos de personas de todas las nacionalidades, bastaba para emocionar al mundo. Por otra parte, la monarquía británica se encontraba en la cima de su popularidad. Aquel momento despertó entre los británicos toda una orquesta de emociones diversas: orgullo, patriotismo, nostalgia por el pasado perdido de guerras y proezas, esperanza en un futuro rejuvenecido, y satisfacción de que el Everest —en esencia, dentro de la esfera de influencia británica (como habrían dicho los antiguos imperialistas)— lo hubiesen escalado por vez primera unos británicos, como era de recibo. Personas de cierta edad recuerdan vivamente de este día el momento en que, una mañana lluviosa de junio en Londres, mientras esperaban a que pasara el desfile de la coronación, oyeron la mágica noticia de que la cima del mundo, por así decirlo, era suya. Estallaron en vítores y cánticos conforme la noticia se extendía entre la multitud congregada para seguir su avance y recorrer el mundo.

Contra todo pronóstico, dado que soy republicana de toda la vida, yo fui la corresponsal de prensa que montó aquella feliz coincidencia, y en *La coronación del Everest* explico cómo ocurrió. Escribí este libro en la década de 1950 y es necesario leerlo con una buena dosis de compasión histórica, ya que todo ha cambiado desde entonces. Yo misma he cambiado —por entonces, vivía y trabajaba bajo el nombre de James Morris—, aunque la nación británica no se ha visto menos alterada. Ahora, pocos momentos (sin duda no un acto de la realeza) pueden englobar a todo el país bajo una unidad tal, y sospecho que no demasiadas

proezas aventureras se recibirían con tal gusto y sencillez. Fue como si una familia estuviese de celebración y su fiesta resultara contagiosa, y gentes de todo el mundo la compartiesen. Media vida después, dondequiera que voy hay alguien que saca el tema de mi relación con el Everest y la coronación, casi siempre hablando de ello con un tono de afecto nostálgico, como un recuerdo de tiempos más sencillos.

Aunque, por supuesto, en 1953 no nos pareció nada sencillo; desde luego, la parte que me tocó a mí no lo fue, ya que traer a casa las noticias desde el Everest era una tarea técnica complicada y un reto trascendental para mi condición de joven periodista. Durante más de treinta años se habían sucedido expediciones al Everest, que se levanta en la frontera entre Nepal y el Tíbet. La primera expedición de reconocimiento llegó a la montaña a través del Tíbet en 1921 y estuvo seguida, durante los años de entreguerras, por cinco intentos británicos a gran escala. Tras la Segunda Guerra Mundial, expediciones británicas y suizas se acercaron a la montaña desde el flanco sur, a través de Nepal. Hubo además dos expediciones disparatadas pero intrépidas a cargo de un solo hombre —la primera de las cuales terminó en tragedia—, y en los inicios de los vuelos de altitud, una expedición aérea sobrevoló la cima.

Aun así, el Everest nunca había sido una noticia de verdad, con mayúsculas, como lo fue en 1953. En los viejos tiempos, el asalto a la más alta de las cimas era básicamente una aventura para caballeros, libre de toda ambición nacionalista barata y ajena a las estridencias de la publicidad. Una expedición al Everest consistía en un grupo de deportistas ingleses que, ayudados por sirvientes nativos, trataban de escalar un monte de una dificultad imposible en un lugar absurdamente remoto, y al hacerlo

ponían veladamente en riesgo su vida. El mundo no sentía ningún ferviente interés por sus esfuerzos. No había pasión que estuviese pendiente de sus intentos. El público en general no se interesaba mucho por el asunto.

De aquellas primeras expediciones nos ha quedado un aroma de excentricidad inglesa. El abominable hombre de las nieves hizo su primera aparición, no como una figura de entretenimiento vulgar ni material para científicos, sino más bien como un extraño señor de las nieves que se movía de forma sosegada, si bien un poco torpe, por sus tierras remotas. Muchos de los escaladores destacaban por la sagacidad de su ingenio, una espléndida independencia o una envergadura vívida. El Everest no había sufrido descrédito ni distorsión algunos, y quienes lo escalaban conformaban una exclusiva sociedad de aventureros. Era pertinente que el único periódico londinense en ocuparse de la aventura desde los inicios fuera *The Times*, por entonces órgano orgulloso del *establishment*, aunque en cierto modo excéntrico.

A cambio de apoyo económico, *The Times* se aseguró los derechos de los despachos procedentes de casi todas las expediciones previas a la guerra y se convirtió en el canal autorizado de información desde la montaña, en un momento en el que muchos de los otros periódicos daban poca cuenta de aquello. El cabecilla de las expediciones se encargaba de escribir los despachos para *The Times*, como otra más de sus tareas. Este tipo de periodismo carecía del regusto agitado de las salas de prensa. De tanto en tanto, el alpinista disponía a su alrededor el material de escritura, cerraba la solapa de la tienda de campaña para protegerse del viento y empezaba a describir el progreso de aquella tentativa, en gran medida como podía haberse quejado de la contaminación de un arroyo de truchas o instar a que se

hicieran contribuciones a algún fondo de caridad. La escritura de muchos de esos alpinistas era graciosa y entretenida, sin los clichés de la prensa de Fleet Street,¹ sin hachas que afilar y marcada solo por las proclamas más gentiles.

Para 1953, cuando la expedición de John Hunt estaba concluyendo sus preparativos en Inglaterra, el valor informativo de la montaña se había transformado. La gente ya no iba al Himalaya por pura diversión, pues el deporte era entonces un medio capital de fervor nacionalista. Los franceses habían escalado el Annapurna haciendo ostentación de orgullo nacional. Los suizos habían efectuado dos intentos de subir el Everest, y a punto estuvieron de lograrlo. La gente empezaba a llamar al Everest «la montaña británica», al igual que el Nanga Parbat se conocía como «la montaña alemana». Por otro lado, ¿acaso no era un año de coronación, el comienzo de una nueva era, el renacimiento de Gran Bretaña, etcétera? En esta ocasión, las noticias llegadas del Everest iban a ser de rabioso interés.

The Times, a cuyo personal editorial pertenecía yo por entonces, volvía a tener los derechos de los despachos procedentes de la expedición, aunque ya no podía permitirse confiar en el periodismo de los escaladores, generado cuando surgía la oportunidad y a sabiendas de que en realidad solo le importaba a un periódico. Aquella vez iba a haber una fuerte competencia por conseguir la historia, avivada por el sentimiento nacionalista y un orgullo patrio sincero, e incluso instigada por las dos guerras frías del momento (entre el capitalismo y el comunismo, y entre Oriente y Occidente). Pasó a ser obvio para todo el mundo que

1 Fleet Street es una calle londinense que desemboca en la City y que hasta la década de 1980 fue sede de la prensa británica. Aún hoy es símbolo de la prensa tradicional del país. (N. de la T.)

esta vez el equipo del Everest, tragándose su repulsión natural, debía incluir entre sus filas a un periodista profesional que se ocupase solo de los problemas de trasladar las noticias a Inglaterra. A nadie le gustaba mucho la idea, aunque fuera solo porque la expedición ya era demasiado grande. No obstante, Hunt, el más amable de los comandantes, asimiló el hecho de que yo nunca antes hubiese puesto un pie en una gran montaña e incluso logró esbozar una débil sonrisa cuando, almorzando un día en el Garrick Club, me invitó a unirme a su equipo como corresponsal especial de *The Times*.

La coronación del Everest es la crónica de mi misión. Escribí el libro al poco de sucederse el acontecimiento, con el regusto del después, así que ruego se le trate con indulgencia. Sus entusiasmos, al igual que muchas de sus actitudes, son los de hace largo tiempo.